



ARTICULOS

PULSION Y REPRESENTACION PSICOLOGICA: UN INTENTO DE DELIMITACION*

JORGE L. TIZON**

Barcelona

1. Introducción



videntemente, el *concepto* de pulsión es un concepto en crisis. Hace años, pensadores tan concienzudos como Rapaport⁵⁷ (1967) no dudaban en afirmarlo, y desde entonces acá no conozco una teorización que haya logrado delimitar y aclarar de forma enteramente satisfactoria la validez

y campo de aplicación exacto de tal concepto aunque, por el contrario (y paradójicamente), han sido numerosísimos los trabajos dedicados a delimitar, describir, ilustrar o polemizar con *nociones* tales como pulsión de Vida o pulsión psicosexual y pulsión de Muerte o pulsión agresiva.

Ahora bien: cuando digo que, a mi entender, el *concepto* de *pulsión* está en crisis no quiero decir que el *término* pulsión sea obsoleto, inoperante, sin traducción empírica... No quiero decir que tras ese término no existan 1) unas realidades a las que hace referencia, y 2) unas acepciones del mismo comunes a gran parte del psicoanálisis y la psicodinamia actuales. Quiero decir más bien que, además de las coincidencias (y casi con la misma importancia que éstas), existen grandes diferencias en cuanto a su uso, traducción, campo de aplicación, ejemplificación, etc.

* Trabajo realizado en el Seminario sobre «Desarrollo del Pensamiento de Sigmund Freud» dirigido por Pere Folch Mateu.

** Psiquiatra del INSALUD, Psicoterapeuta. Coordinador del Colectivo de Investigaciones Psicopatológicas y Psicosociológicas (CIPP) de la Fundación Vidal Barraquer. Barcelona.

Es evidente que siguen siendo válidas las afirmaciones de Sigmund Freud, para quien la pulsión no era sino un concepto límite entre lo psíquico y lo somático, algo que hacía referencia a la excitación corporal proveniente de una *fuentes* orgánica, puesta en marcha por la relación o la búsqueda de relación con un *objeto*, orientada hacia un concreto *fin* psicósomático y dotada de un *empuje* que conduce la excitación a su realización (Freud²¹ 1905, Folch¹⁵ 1978, Folch¹⁶ 1979, Laplanche y Pontalis⁴¹ 1968). Tal vez sea este último carácter de la pulsión el más a menudo y más claramente subrayado por Sigmund Freud: el *empuje*, el carácter irrepensible de la pulsión (Pulsión = *Trieb*; *Treiben* = empujar).

Pocos psicólogos, sociólogos, biólogos, antropólogos, ...pocos especialistas de las ciencias biológicas y/o sociales podrían negar la existencia en el individuo humano de fuerzas, tendencias, empujes o mecanismos profundamente anclados en lo biológico pero desencadenantes de conductas (y representaciones mentales o significaciones) psicológicas y sociales. EIBL-EIBESFELDT¹² (1970), desde una perspectiva no psicodinámica, sino etológica o antropológica, ha realizado numerosísimas observaciones sobre la base biológica, genética, transcultural, de las dos pulsiones fundamentales (Amor y Odio) que perfectamente se superponen y coinciden con los resultados de las investigaciones neuro-psicofisiológicas sobre los comportamientos sexuales y de cooperación por un lado y los comportamientos agresivos y de control y dominio por otro.

En resumen: el *término* pulsión tiene, evidentemente, unas referencias factuales. Y por supuesto, unas referencias históricas desde Freud hasta nuestros días, referencias en las que no voy a detenerme aquí más de lo estrictamente necesario a los fines de este trabajo.

Pero ni el que un término tenga unas referencias *in-concretas* con una realidad empírica ni el que un término sea usado comúnmente por una comunidad científica (KUHN³⁸, 1962) bastan para poderle conferir el estatus teórico y epistemológico de *concepto* (la unidad elemental del discurso científico, a diferencia de las *nociones* —discurso ideológico— y de las *categorías* —discurso filosófico—: RANCIERE⁵⁶, 1964). Para ello han de existir al menos alguna definición teórica, una serie de concreciones y delimitaciones —una *intensión* nuclear y una *extensión* nuclear determinadas—, una inclusión dentro de un sistema científico determinado y, si es posible, una traslación operativa de tal término. Sólo entonces puede ser considerado, en puridad, un concepto científico (cfr. al respecto la interesante discusión de la «validez» de los conceptos realizada por BUNGE en «*La investigación científica*»⁶, 1974).

En mi opinión, la tarea de delimitar —si ello es posible— el concepto de pulsión, no es, ni mucho menos, baladí o inoportuna ya que diariamente podemos constatar en círculos psicoanalíticos:

- 1) El frecuente uso «teórico» del término pulsión en los escritos y reflexiones teóricos o descriptivos.
- 2) La inconcreción de las acepciones utilizadas.
- 3) Tal vez como consecuencia parcial de lo anterior, el cada día menor uso en la clínica, en la pragmática psicodinámica y en su teorización directa.

De ahí la intención expresada en el título de este trabajo, realizado dentro del Seminario dirigido por el Dr. Folch sobre «Desarrollo del pensamiento de Sigmund Freud».

2. Desbrozando nociones

Este tipo de problemas conceptuales (propios del nivel *conceptual*: PIAGET⁵², 1969, TIZON⁶³, 1978) y epistemológico (propios de la epistemología interna y derivada de las ciencias) no son exclusivos de la Psicología Dinámica y el Psicoanálisis. Posiblemente toda ciencia, en cualquier momento de su historia, está surcada por ellos. En psicología tenemos numerosos ejemplos de situaciones en las que la diferenciación (epistemológica) entre el estatuto de noción-categoría y el de concepto, para determinadas unidades del discurso teórico de la psicología contemporánea, dejan mucho que desear.

2.1. El problema en la Psicología General contemporánea

No es éste el lugar para citar ejemplos generales de tal situación, tanto por falta de espacio como porque podremos ver ejemplos concretos de la misma en la problemática que nos ocupa. En efecto: una ojeada sumamente superficial de cualquier diccionario, enciclopedia o tratado de Psicología contemporánea nos mostrará una serie de términos no suficientemente claros y delimitados por un lado, y con superposiciones mutuas por otro, los cua-

les poseen numerosos puntos de contacto con el término clave de este trabajo: *pulsión* (*trieb*). Señalaré al menos aquéllos cuyo tratamiento, aunque sea esquemático, permite una aproximación mínimamente informada al tema. Tales términos serán al menos los siguientes: *Pulsión* (*Trieb*), *instinto* (*instinct*, *instinkt*), *comportamiento instintivo*, *IRM*, *estímulos-señales específicos*, *pattern específico de comportamiento...*, *drive*, *urge*, *necesidad*, *motivación*, *actitud*, *tendencia*, *fantasía inconsciente*, *objeto interno...*

Como es fácil deducir observando la lista anterior, la mayoría de tales términos no son estrictamente psicodinámicos. Sin embargo, creo que situarlos, al menos esquemáticamente, puede favorecer un acercamiento mejor fundado a nuestro término-problema (*pulsión*). Plantearé pues la idea que personalmente poseo sobre los conceptos-nociones no estrictamente psicodinámicos de la lista anterior:

Parece que diversos autores coinciden en entender por *instinto* el «comportamiento espontáneo, innato e invariable, común a todos los individuos de una misma especie y que parece adaptado a un fin del que no tiene conciencia el sujeto» (SILLAMY⁵⁹, 1969), aunque modernamente sea criticada la «inmutabilidad» del instinto gracias precisamente a los avances de la genética y la biología a partir de Waddington (PIAGET⁵⁰, 1967). De esta forma, Timbergen (citado por DORSCH¹¹, 1978) definirá «provisionalmente» el instinto como «un mecanismo nervioso jerárquicamente organizado, que se dirige a determinados estímulos advertidores, desencadenantes y orientadores, interiores y exteriores, y responde a ellos con mecanismos plenamente coordinados conservadores del individuo y de la especie».

Por otra parte, así como etólogos y biólogos difieren en el ámbito de las conductas a las que puede calificarse de «*instintivas*», parecen coincidir progresivamente (DORSCH¹¹, 1978; SILLAMY⁵⁹, 1969; WOLMAN⁶⁷,



1960; PIAGET⁵⁰, 1967) en su reticencia a hablar en términos de «instintos» y en su doble reticencia a utilizar tal término refiriéndose al ser humano.

La conceptualización de las motivaciones profundas de la conducta animal basada en los instintos parece que va dejando paso a un esquema mucho más complejo formado por *estímulos internos y externos* al organismo, que actúan como *causas desencadenantes innatas (innate releasing mechanisms; IRM)*, provocando una *conducta apetitiva* que lleva (o intenta llevar) hacia un *acto consumatorio*. Este esquema moderno guarda numerosos puntos de contacto, como ya señaló FOLCH¹⁵ (1978), con el esquema freudiano de *fuentes del instinto* (causas más estímulos), *tensión instintiva* (conducta apetitiva) y *objeto y finalidad* del instinto (más próximas al acto consumatorio), lo cual habla ya de los profundos conocimientos e intuiciones biológicas y psicológicas de Sigmund Freud en este campo.

Parece que el acuerdo de etólogos, neurofisiólogos, geneticistas, etc., es bastante amplio como para afirmar que el aspecto de los comportamientos instintivos más genéticamente determinado es, precisamente, el *acto consumatorio*. Sin embargo, conforme avanzamos en el esquema anterior hacia su punto de partida, más dudas y desconocimientos persisten con respecto a tal «innateidad»: PIAGET⁵⁰, basándose en Waddington y Timbergen, llega a escribir: «A decir verdad, no sabemos hasta qué punto estos IRM (o RM, para abreviar) son innatos, mientras ignoremos los detalles de su desarrollo ontogenético». Así Lorenz (citado por DORSCH¹¹, 1978) tiene tendencia a hablar de comportamiento instintivo refiriéndose al acto consumatorio, no a conductas globales de un círculo de funciones (por ejemplo, la reproducción).

Algunos biólogos (por ejemplo CRAIG, citado por PIAGET⁵⁰, 1967) hablan de un comportamiento apetitivo general que sirve de marco al conjunto de conductas siguientes y sensibiliza al animal para los IRM, lo cual nos haría pensar —y lo nombro tan sólo como asunto a meditar— en una teoría monotemática de las pulsiones en el hombre, en una *libido* como fuente general del comportamiento y las representaciones, tal como lo ha postulado por ejemplo JUNG³⁷, 1913 o LAPLANCHE⁴², 1979. En un segundo nivel existirán conductas instintivas estructuradas y especializadas ante esos indicios: combates, nidificación, apareamiento... En un tercer nivel, cada una de estas subestructuras se diferencia en actos consumatorios. Por ejemplo, para la nidificación, la búsqueda y elección de materiales, las formas de acumulación y perforación, etc. Por último, en un posible cuarto nivel de «atomización analítica», esos actos consumatorios habría que diferenciarlos en movimientos elementales, con sus correlatos neurofisiológicos.

Lo que diferenciaría a los etólogos de la «vieja escuela» (entre los cuales coloca Piaget a Lorenz), de los etólogos de la «generación joven», es que éstos últimos hablan sólo con suma precaución de mecanismos *innatos* y de esquemas o patrones *innatos* de comportamiento porque saben que el «instinto» es una conducta fenotípica y que todo lo fenotípico es resultado de la interacción ambiente-genotipo, máxime si tenemos en cuenta la existencia en éste último de «genes de desarrollo y regu-

ladores» (WADDINGTON, citado por PIAGET⁵⁰, 1967; DOBZHANSKY⁹, 1957). Así pues, mientras que comienza a imponerse la idea de que el *instinto puro*, tal como lo describió por ejemplo LORENZ⁴⁵ (1964) es sólo un caso límite, una abstracción, el esquema teórico que va prevaleciendo hablará de *patrones de comportamiento* (conjuntos de comportamientos simples estructurados en el espacio-tiempo y dotados de mayor o menor invarianza) y *patrones específicos de comportamiento* (más o menos innatos), un tipo de los cuales serían los llamados *comportamientos instintivos* (los más innatos y específicos de los patrones específicos de comportamiento). Estos comportamientos instintivos son los que pueden estudiarse en biología y etología según el esquema anterior propuesto por TIMBERGEN (*releasing mechanism* → *conducta apetitiva* → *acto consumatorio*) y en una *psicología de la conducta (significante)* por un esquema similar al freudiano, que más adelante intentaré encuadrar.

¿Cuáles serían entonces las posiciones de conceptos más psicológicos como necesidad, motivación, tendencia, actitud y los anglicismos *drive* y *urge*? Parece fácil el acuerdo en cuanto al concepto de *necesidad* (SILLAMY³⁹, 1969; DORSCH¹¹, 1978), sobre todo a partir de las precisiones de HULL³⁴, (1952). Necesidad sería el estado de carencia de alguna cosa que el individuo (psicofísico) precisa para su correcto ajuste y adaptación, para su homeostasis (psicofísica), aunque existirían problemas si quisiéramos determinar el correlato estrictamente psicodinámico de la necesidad. Sin embargo, el concepto de *necesidad* es de suma importancia porque el desarrollo de la pulsión (por ejemplo, la pulsión erótica) se organiza sobre la satisfacción de la necesidad individualizada corporal.

No es tan fácil ni claro el acuerdo en cuanto a conceptos tales como motivación, tendencia y actitud ni en cuanto a sus interrelaciones.

La *motivación* hace referencia a la causación de la conducta, al conjunto de factores dinámicos que determinan la conducta del individuo. Su estatuto teórico y epistemológico ha sido muy controvertido: el *conductismo inductivo* le negaba prácticamente todo valor; TOLMAN y otros teóricos del *conductismo intencionado* (WOLMAN⁶⁷, 1970) podían acoger dicho concepto como «variable intermedia o interviniente» compuesta por *apetitos* y *aversiones* (WOLMAN, ob. cit.). Para la psicología dinámica y el psicoanálisis, es un concepto clave ya que con él hacemos referencia a la causa de las conductas y representaciones mentales en el hombre. Desde este punto de vista, el concepto de motivación podría incluir tanto estímulos externos como internos (provenientes de la realidad externa o de la realidad interna) y, por ello, no creo que pueda desecharse la posibilidad de hablar de «motivaciones instintivas» o motivaciones para el comportamiento instintivo o pulsional en un extremo y de motivaciones conscientes e «intelectuales» en el extremo opuesto del arco o abanico motivacional. En suma: un tipo de motivaciones serían las «instintivas» o, con más exactitud, las causas intrapsíquicas de nuestras conductas y representaciones específicamente determinadas en mayor o menor grado (¿las *pulsiones*?).

Tendencia se suele definir como la «fuerza endógena que orienta a un organismo hacia un cierto fin u objeto...



toda tendencia está ligada a una necesidad orgánica... o psicológica...» (SILLAMY⁵⁹, 1969). Es difícil diferenciar claramente *tendencia* y *motivación*, salvo si adoptamos la convención de que *tendencia* hace referencia a la probabilidad de repetición de determinadas conductas y es por tanto un concepto más comportamental, mientras que *motivación* hace referencia directa a la realidad intrapsíquica (psicología dinámica) o, como mucho, a variables intermedias de difícil análisis (Psicología comportamental de TOLMAN y el *conductismo intencionado*).

Por último, *actitud* hace referencia al hecho de que ni hipotéticos *instintos* o menos hipotéticas *tendencias* o *pulsiones* surgen al exterior sin ser mediatizados por aprendizajes y sistemas o estructuras mentales del sujeto. Los *sentimientos* se refieren a estados mentales conscientes del sujeto y para el sujeto. Según algunos autores (CASTILLA⁸, 1978), el término *actitud* tiene la ventaja de que hace hincapié en el hecho de que los sentimientos, además de «estados intrapsíquicos», son *modos de relación* con el objeto e implican pues conductas (que *tendemos* a realizar en el exterior o que han sido interiorizadas). Como señala el mismo CASTILLA no es éste el concepto de *actitud* propio de gran parte de los psicólogos sociales, los cuales se refieren a los resultados individuales y sociales de las presiones del grupo con respecto a las relaciones con determinadas realidades externas (*actitudes sociales*). Mi impresión es que el término *actitud*, sin calificativos posteriores, no tiene un lugar demasiado definido en la psicología contemporánea y puede contribuir a oscurecer, más que aclarar, la problemática psicodinámica que estamos tratando. En un afán de integración posiblemente excesivo podríamos pensar que las necesidades crean motivaciones y que estas se manifiestan por tendencias y/o actitudes. Entre todos los términos citados tal vez serían estos dos últimos los más superponibles y menos útiles para la Psicología (Ni *tendencia* ni *actitud* son citados en el índice de materias por WOLMAN en su «Teorías y sistemas contemporáneos en psicología»⁶⁷, al contrario que *necesidad* y *motivación*).

En cuanto a los anglicismos *drive* y *urge*, resumiendo rápidamente toda una serie de problemas conceptuales

que sé que subyacen a su uso en la psicología escrita en otras lenguas diferentes del inglés, no veo ventajas importantes para utilizarlos. Siguiendo también a HULL³⁴, (1952), el primero (*drive*), creo que puede ser substituído en castellano por *motivación* y el segundo (*urge*) puede ser traducido por *impulso*, *estímulo interno*, etc., aunque ambos términos conlleven, tanto en inglés científico como popular, una semántica similar: «Impeler, empujar, arrojar, estimular... llevar, conducir, inducir, forzar a...» (VELAZQUEZ⁶⁵, 1954): Parece claro pues que también *drive* y *urge* son términos bastante superponibles y que no aclaran la confusión de la que hasta ahora hablábamos.

2.2. El problema en la psicología de Sigmund Freud

Parecen claras pues las dificultades conceptuales de la psicología en este campo. Y no son de extrañar, puesto que el problema hace referencia precisamente a los *límites* de la psicología y ya se sabe que es en los límites, en los extremos, cuando se muestran más claramente las inconsecuencias y las confusiones de cualquier disciplina.

Precisamente Sigmund Freud Fué uno de los psicólogos que con más tenacidad y preparación discutió e investigó en este terreno. Desde su *Proyecto de una psicología para neurólogos* (1895) hasta su *Más allá del principio del placer* (1920), desde su formación académica como médico y anatomopatólogo especializado en Sistema Nervioso hasta sus preocupaciones por la base biológica de las fases psicosexuales (las *zonas erógenas*²², 1905), toda su vida, su obra y su teoría están marcadas por la(s) postura(s) adoptada(s) en cuanto al tema de nuestro trabajo.

Por eso los inconvenientes, inoperatividad y superposiciones que hemos visto dominan la serie de conceptos psicológicos referentes al campo de las bases biológicas de las motivaciones fundamentales del individuo y las relaciones humanas, pueden rastrearse ya en las nociones, conceptos y categorías utilizadas por Sigmund Freud en este campo. Una breve investigación bibliográfica me ha llevado a destacar al menos los siguientes términos (LAPLANCHE-PONTALIS⁴¹, 1968; STRACHEY⁶⁰,⁶¹, 1966; NAGERA⁴⁹, 1975; BENASSY², 1952; FOLCH¹⁵,¹⁶, 1978 y 1979; FREUD, 1900, 1905, 1915, 1916, 1918, 1920, 1938...):

Trieb, Instinkt = pulsión, instinto.

Vorstellung-repräsentanz, vorstellungrepresentant = «representación» en el sentido filosófico; «representación», «delegación» (lenguaje político).

Zielvorstellung = «representación-fin».

Triebrepräsentanz, triebrerepresentant = «representación o representante de la pulsión».

Vorstellungrepräsentanz, vorstellunrepresentant = «representante-representativo», «representante en la representación» o «imagen (delegada) del representante de la pulsión».

Psychische Repräsentanz o Psychische Repräsentant = «representante psíquico».

Y a un nivel diferente, pero conectados con la misma problemática:

Principio del Nirvana, Principio de acción mínima, Principio de entropía, Pulsión de Muerte, Pulsiones de autoconservación y apoyo...

Para empezar, es mi opinión que las traducciones de *Trieb* y de *Instinkt* deben diferenciarse porque si bien Sigmund Freud no fue riguroso en todos los momentos al utilizar tales voces, hay una amplia evidencia bibliográfica que nos ilustra cómo él diferenciaba ambos términos (FREUD²¹, 1905; ²⁴, 1911; ²⁵, 1915; ²⁷, 1915; ²⁹, 1917; ³⁰, 1918; ³¹, 1920; ³², 1938). Su elección de los homónimos germanos no era fruto del azar o de necesidades estilísticas, sino de una concepción teórica profundamente meditada aunque conflictualizada: la acepción freudiana del *Trieb* como fuerza impulsora relativamente indeterminada en cuanto a su objeto y en cuanto a los comportamientos que la satisfacen es claramente diferente de las teorías del instinto (o, más modernamente, de los conceptos de comportamiento instintivo, IRM, estímulo-señal específico, patrón específico de comportamiento, etc.) como referentes a esquemas de comportamiento heredados, específicos, con pocas variaciones interindividuales y cronológicas (su secuencia temporal es poco susceptible de perturbación) aunque parezcan responder a una finalidad de relación también propia de una especie. Con ello creo que me inclino por la postura mantenida por la mayor parte de los autores franceses, que diferencian entre pulsión e instinto y en contra de la postura de numerosos autores anglosajones, desde STRACHEY^{60,61} (1966) hasta hoy, que utilizan el término *instinct* indistintamente para los términos freudianos *Trieb* e *Instinkt*, apoyándose en diversas razones pragmáticas y en ciertas utilizaciones confusas en los propios escritos freudianos.

De esta forma, mientras el término *instinto* haría referencia a ese concepto biológico concreto (hoy en amplia crisis incluso en la biología, tal como hemos señalado en 2.1.), el término *pulsión* haría referencia a algo más psicológico, a una determinada vivencia psicológica de realidades de base biológica que ante todo pueden identificarse, siguiendo la conceptualización freudiana, gracias a su empuje o energía, somática e irrepresiblemente determinada, que nos impele en todas nuestras relaciones objetales, bien sea con objetos internos o con objetos externos. Así por ejemplo, cuando nos sentimos dominados por la ira no es difícil vivenciar en nosotros o en los demás ese empuje o energía que nos impulsa a la acción agresiva y a la expresión agresiva (contracciones y rictus faciales y corporales) o a la representación mental agresiva (fantasías inconscientes paranoides, objetos internos persecutorios y parcializados, fantasías conscientes, sentimientos, actitudes, pensamientos... agresivos, etc.).

Ahora bien: ¿la pulsión necesita sus representantes en la vivencia, sus representantes psicológicos o bien, es ya, por sí misma, un representante psicológico de algo más profundo, difícil de vivenciar y estudiar en la observación psicológica (más no en la biológica)? O incluso como plantean algunos autores⁴³, ¿es la pulsión la que estructura la fantasía o más bien es el *fantasma* el que estructura la pulsión?. Aquí no puede decirse que la postura y los escritos de Sigmund Freud no se encuentren marcados por una importante ambigüedad. Veámosla a varios niveles:

En primer lugar, la riqueza y posibilidades de expre-

sión del idioma germánico permitirán al psicólogo de Viena utilizar sustantivos y derivados cuya pobre traducción al castellano puede ser la de *representación*.

Así, por un lado Freud utilizará el término *Vorstellung*, término de gran raigambre filosófica (LAPLANCHE y PONTALIS⁴⁹, 1968) que hace referencia a «lo que uno representa, lo que forma el contenido concreto de un acto del pensamiento» y «especialmente, la reproducción de una percepción anterior» (LALANDE³⁹, 1951). Freud diferenciará la representación del afecto acompañante: cada uno de estos elementos podrá seguir distintos procesos en la realidad interna. A la hora de formar derivados, sin embargo, Sigmund Freud utilizará no sólo el término *Vorstellung*, sino los de *Repräsentanz* y *Repräsentant*: *Vorstellungrepräsentanz*, *vorstellungrepräsentant*, *zielvorstellung*, *Trieberepräsentanz* y *trieberepräsentant*... Para colmo, Sigmund Freud tendrá una acepción original de la *Vorstellung*, diferente de la que hace la filosofía clásica (LAPLANCHE y PONTALIS⁴⁰, 1968). En efecto: al hilo de la dinámica disimétrica del *quantum de afecto* relacionado con un suceso intrapsíquico y la representación del mismo (diferenciación básica en sus primeros modelos teóricos y de las psiconeurosis), la existencia paradójica de «representaciones inconscientes» obliga a que en la *Vorstellung* freudiana pase a segundo plano un aspecto dominante en la acepción filosófica clásica del término: representarse subjetivamente un objeto. En este sentido, la representación freudiana tendrá más que ver con «aquello que, del objeto, tiende a inscribirse en los *sistemas mnémicos*» (LAPLANCHE y PONTALIS, ob. cit.), es decir, la representación «mimética» del objeto modificada por la pulsión. Desde aquí Freud avanzará hacia la diferenciación entre la *representación de palabra* (preconsciente-conciencia) y la *representación de cosa* (propia mente inconsciente).

Por otro lado, Sigmund Freud utilizará diversos términos germánicos que pueden traducirse y han sido traducidos por el castellano «representación»: fundamentalmente, los vocablos *repräsentanz* y *repräsentant* (STRACHEY⁶⁹, 1966). Ahora bien: Como ya señalaba este autor, ambos términos no son equivalentes. *Repräsentanz* es un término más abstracto, que equivale a *representación* (o, más exactamente, a *representancia*, si este término existiera en castellano), mientras que *Repräsentant* es un término formal que se usaba fundamentalmente en lenguaje legal y político (*representación como delegación*).

Todas estas variaciones en absoluto fueron utilizadas por Sigmund Freud (y por muchos de los estudiosos posteriores) como diferencias meramente estilísticas, frutos de un excesivo rigor literario del fundador del psicoanálisis; antes al contrario, esta riqueza discriminativa proporcionada por la lengua germánica va a facilitar por un lado sutiles diferenciaciones conceptuales más o menos pasajeras en la teoría freudiana y, por otro, no menos sutiles posibilidades de ambigüedad y confusión ante lecturas y traducciones poco cuidadosas.

Por ejemplo, la diferenciación entre *Vorstellung* y *repräsentanz* (que no entre ésta y *repräsentant*), clara en numerosos pasajes freudianos (FREUD^{25, 26, 27}, 1915), permitió al psicoanalista de Freiberg utilizar conceptos-categorías tales como *Vorstellungrepräsentanz* y *Vorste-*

llunrepräsentant (FREUD^{25, 26}, 1915), de difícil traducción a otros idiomas: *representant-representation, ideational representative, representante ideativo*... En la versión de CERVANTES y ANGULO del *Diccionario de Psicoanálisis* de LAPLANCHE y PONTALIS *vorstellungrepräsentanz* se ha traducido como *representante-representativo*. Teniendo en cuenta que el término hace referencia a la diferenciación antes explicada entre *quantum* de afecto de un suceso o situación y representación mental del mismo (diferenciación hoy en exceso «metafísica» si tenemos en cuenta paradigmas más psicológicos y menos filosóficos y, por lo tanto, el *paradigma cognitivo* —CAPARROS⁷, 1978) tal vez la traducción castellana más sugerente de «lo representado» sea «*representante ideativo*» (como en portugués), «*representante en la representación*» o «*imagen (delegada) de la representación*» (de la pulsión).

De igual forma, los términos *triebrepräsentanz* y *triebrepräsentant* (FREUD^{25, 27}, 1915; ²⁴, 1911; ³², 1938), que si bien en mi opinión deberían dar lugar a conceptos como el de *representación* o *representante* (delegación o delegado) de la pulsión, son utilizados por Sigmund Freud de forma en absoluto unívoca: en ocasiones parecen sinónimos de la *imagen de la representación* (*vorstellungrepräsentanz*: FREUD²⁵, 1915); otras, tienen un sentido más amplio (y tal vez más actual), incluyendo también el *quantum de afecto* (FREUD²⁵, 1915). De ahí que, en mi opinión, *Triebrepräsenz* (y *triebrepräsentant*) sigan siendo términos útiles en la Psicología Dinámica actual (conceptos-puente cruciales pon la biología y las diversas formas de psicobiología, si bien entendidos al modo cognitivo: como representantes —intelectuales y afectivos, ideativos y emotivos— de la pulsión en la realidad psicológica).

Este concepto o, con más propiedad, los términos germánicos que lo designan, guardan estrecha relación con las locuciones *Psychische Repräsentanz* o *psychischer Repräsentant* (*representantes mentales o psíquicos*: FREUD²⁴, 1911; ²⁵, 1915; ²⁷, 1915; ³², 1938). Se trata aquí de un punto importante en la teoría freudiana y en la utilización actual de la misma, ya que Sigmund Freud usó la noción de *representante psíquico o mental* en dos formas bien diferenciadas:

a) En unas ocasiones, es la pulsión la que aparece como «el representante psíquico de las excitaciones provenientes del interior del cuerpo y que afectan al alma» (FREUD²², 1905; ²³, 1909; ²⁶, 1915). En este caso, *Pulsión* = *Representante psíquico*.

b) En otras, la pulsión es asimilada al proceso de excitación somática (*Reiz*) y es ella la que se representa mentalmente a través de los dos elementos consabidos: la imagen del representante y el *quantum* del afecto de la misma (FREUD²⁵, 1915). En este caso: *Pulsión* → *R. psíquico* (*imagen de la representación + afecto*).

Como ambas formulaciones son propuestas en 1915 (FREUD^{25, 27}, 1915) no parece claro creer en una evolución del pensamiento de Sigmund Freud en dirección de un predominio de esta segunda acepción (aún en *Esquema del psicoanálisis*, 1938, encontramos la primera). Y ello en contra de lo afirmado por Strachey en el *General Preface* de la *Standard Edition* (STRACHEY⁶¹, 1966). Evidentemente, aquí se revela una ambigüedad, ambigüedad que puede corresponder:

a) Al concepto mismo de pulsión, tal como indica la *Standard Edition* y numerosos psicoanalistas (RAPAPORT⁵⁷, 1967).

b) A la noción freudiana de pulsión, que es utilizada con dos significados no estrictamente equivalentes.

A mi entender, y de acuerdo con lo antes enunciado, creo que hay que adoptar un esquema conceptual más simple (economizando hipótesis y conceptos no estrictamente necesarios: BAYES¹, 1978; BUNGE⁵, 1969). En tal sentido podría tal vez hablarse de unas bases biológicas sobre las que se asienta el empuje de la pulsión (y la pulsión misma como concepto que hace referencia a la frontera somatopsíquica a través de su vivenciación psicológica) y unas *representaciones psíquicas o mentales de la pulsión* (siempre dentro de una relación objeto).

De esta forma, el término *Zielvorstellung*, que LAPLANCHE y PONTALIS traducen como *representación-but* y CERVANTES y ANGULO (⁴¹, 1941) como *representación-fin* —y que Sigmund Freud utiliza para designar «lo que orienta el curso del pensamiento» y que no puede asimilarse con el puro asociacionismo propio del atomismo asociacionista contra el que Sigmund Freud luchó—, en la medida en que hace referencia a unas «*representaciones privilegiadas* que ejercen una atracción sobre las otras representaciones» (LAPLANCHE y PONTALIS⁴⁰, 1968) habría que asimilarlo actualmente al término *fantasía o fantasma inconsciente*.

Según todo lo anterior, creo que en un lenguaje estrictamente teórico —aunque tal vez en las descripciones y teorizaciones de la praxis psicoanalítica y psicoterápica la norma pudiera ser más flexible— habría que adoptar un esquema conceptual por un lado más estricto, con menos indefinición conceptual —con menos extensión y con más intensidad conceptual: BUNGE⁵, 1969— y, por otro lado,





un esquema más simple, con mayor economía terminológica (BUNGE⁶, 1974).

Retomando la discusión a propósito del término *representante psíquico* (*Psychische Repräsentanz* o *psychischer Prepräsentant*), creo que vale la pena tener en cuenta que las aceptaciones del término que allí señalábamos como *a* y *b* son, ciertamente, contradictorias.

Parece que Sigmund Freud parte en estos escritos de una *relación soma/psique, mente/cuerpo* que no es de paralelismo, ni de causalidad, sino en cierta forma de *subordinación epistemológica de lo psicológico a lo biológico*. Posiblemente se trate, en último extremo, de una postura epistemológica correcta, como argumenta por ejemplo BUNGE⁽³⁾, 1969; ⁽⁶⁾, 1971) pero, a mi entender, estos escritos de Sigmund Freud no se hallan exentos de importantes deformaciones biológicas (TIZON y EL CIPP⁽⁶⁴⁾, 1979) y/o dualistas.

De esta forma, Freud llamará a la modificación somática unas veces *Trieb* (*Pulsión*) y otras *Reiz* (*excitación*) y su representante psíquico será en un caso el *representante-representativo* (*Vorstellungrepräsentanz* o *vorstellungrepräsentant*) y en el segundo caso, la *pulsión* (*Trieb*).

Ante esta contradicción teórica creo que la definición más rigurosa y operativa, el modelo psicodinámico para la determinación biológica de la conducta significativa humana puede ser:

Pulsión (límite somático) → *representantes psíquicos*, precisamente porque no se limita a remarcar la *expresión soma* → *psique*, sino la *inscripción de representaciones básicas* para el concepto clave de *lo inconsciente* en Sigmund Freud.

De esta forma, el esquema conceptual que creo más claro, hace referencia a que la *pulsión* (Primer nivel) es representativa de fuerzas biológicas, las cuales producen

excitaciones somáticas que son percibidas por el organismo humano y se inscriben en el mundo de sus *representaciones* (o *significaciones*) *psicológicas* (*segundo nivel*). Estas representaciones psicológicas conllevarán siempre el *rastreo mnémico* de una huella sensorial (*imagen*) y estarán siempre «coloreadas» por una constelación afectiva (*afecto*) totalmente inseparable de la huella sensorial y, por lo tanto, de la imagen.

De esta forma, si bien el concepto de pulsión serían un concepto psicológico, aunque limítrofe, su naturaleza básica y limítrofe harían que la investigación sobre la pulsión perteneciera fundamentalmente a disciplinas biológicas (neurología, neurofisiología, etología incluso humana, etc.) mientras que la investigación sobre las *representaciones* (y las *conductas* que las traducen) es la investigación básica de la psicología, psicodinámica o comportamental (Análisis Funcional de la Conducta, DORNA y MENDEZ⁽¹⁰⁾, 1979).

3. Niveles de la problemática

Ahora bien: una vez aclarada mi postura, mi toma de partido, creo que ello no obsta para que nos preguntemos de dónde puede venir tanta confusión, ambigüedad, entremezclamiento de nociones, términos y conceptos. Hasta el momento he descrito el problema y he intentado proponer posturas teóricas. Se trataría ahora de aclarar por qué el problema se ha ido generando y desarrollando, es decir, se trata de *analizar* la génesis y estructura de esta problemática.

Dada la complejidad de la situación, creo que coincidiremos fácilmente en calificar como compleja a su estructura causal. Por ello he querido destacar al menos tres niveles en tal problemática: *epistemológico, teórico y pragmático*.

Para delimitar y definir el término *pulsión*, Sigmund Freud (y el psicoanálisis hasta hoy) tropezó con problemas a esos tres niveles:

3.1. Nivel epistemológico

¿Cuál es el estatuto epistemológico del término *pulsión*? ¿Se trata de un *concepto* —unidad del discurso científico—, de una *categoría* —unidad del discurso filosófico— o más bien de una *noción* —unidad del discurso ideológico? No olvidemos que Freud habló de la teoría pulsional como «mitología» (FREUD⁽²⁸⁾, 1916). Admitiendo que existen aspectos conceptuales en la elección de este término, habría que determinar con más exactitud su valor y posición en la teoría del psicoanálisis: ¿analogía, noción aproximativa, concepto descriptivo o interpretativo, observacional o no, concepto o axioma, variable intermedia o construcción hipotética...?. También habría que determinar su *semántica* y *sintáctica* (posición dentro del sistema científico) y sus posibilidades de operabilidad.

Creo que ello no es posible si tenemos en cuenta todos y cada uno de los términos que Sigmund Freud (y muchos psicoanalistas posteriores a él) han ido introdu-

ciendo en este campo. Por eso he abogado por la simplificación conceptual que recogía en 2.2., aunque soy consciente de que con ella no se resuelven todos los problemas epistemológicos.

3.2. A nivel teórico

Hemos visto que Sigmund Freud hace jugar diversos papeles en su/s teoría/s a los términos relacionados con la pulsión. El problema se ha agravado con muchos psicoanalistas posteriores. Por eso sería importante adoptar un criterio o convención común que aunase acepciones, aumentara la intensión, disminuyera la extensión del término, aclarara interrelaciones dentro del sistema y aumentara la operatividad del concepto.

3.3. A nivel pragmático

Hay un dato al menos que no podemos olvidar y que creo que ha jugado un importante papel en el oscurecimiento de la problemática: me refiero al asunto de las traducciones. Es de todos sabido (y lo he comentado líneas más arriba), que los traductores de la *Standard Edition* quisieron unificar la riqueza terminológica de los escritos freudianos bajo el sustantivo «*instinct*», rechazando otras posibilidades idiomáticas como *drive* o *urge* (STRACHEY⁶¹, 1966): Ello suponía un cierto forzamiento de las acepciones freudianas y la posibilidad de acercarse peligrosamente al biologismo (SENENT⁵⁸, 1976; TIZON y el CIPP⁶⁴, 1979) o, al menos, un peligro de favorecer tales aproximaciones. Igual sucedió con la primera edición castellana de las obras de Sigmund Freud: Luis López Ballesteros⁴⁴ (1923) también utilizó el término *instinto*. Posiblemente el prestigio de la biología y medicina modernas debieron jugar un importante papel en tales decisiones. Por el contrario, los autores franceses han defendido frecuentemente la especificidad del término *trieb* en sus traducciones, lo que posiblemente facilita una delimitación conceptual mucho más precisa que si unificamos términos freudianos bajo los vocablos *instinct* e *instinto*.

El problema, además, se ha ido multiplicando cada vez que un autor o un grupo serio de estudiosos emprendía una revisión conceptual sobre el tema o sobre cualquier tema próximo. Si el trabajo era más o menos baladí o superficial, poco aclaraba la cuestión y, tal vez, pudiera aumentar la confusión. Si el trabajo era serio, concienzudo o renovador, podía incluso agravar la situación conceptual si realizaba una interesante construcción montada sobre un problema de traducción no resuelto.

Ahora bien: cuando me refería a que la delimitación conceptual de los términos ligados con los equivalentes o análogos freudianos sólo podía realizarse desde una perspectiva epistemológica, tenía en cuenta un hecho que, probablemente, habrá aparecido claramente para el lector: tanto los niveles teóricos, como los niveles pragmáticos señalados nos han remitido de nuevo, en última instancia, al nivel 1 de la problemática, es decir, al nivel epistemológico.

3.1.1. Yo no podía ser de otra forma porque la teoría de las pulsiones freudiana o la «mitología pulsional» está surcada de arriba abajo por la misma controversia

interparadigmática (KUHN⁴⁸, 1962; MUSGRAVE⁴⁸, 1971) que recorre toda la teoría psicológica del psicoanalista de Viena, toda su metapsicología así como gran parte de la psicología de su época (y de la actualidad). Me refiero a la controversia entre el *paradigma biológico* (a menudo *biologista*) de la psicología y un paradigma psicológico, interrelacional o, en última instancia, conductual (BLEGER⁴, 1963; TIZON⁶³, 1978, en ocasiones *psicologista* TORT⁶⁵, 1972, el paradigma de las relaciones objetales y de la dialéctica de la realidad externa y la realidad interna —la llamada *Teoría de las Relaciones de Objeto*—. Mi impresión es que Sigmund Freud, médico neurólogo e histopatólogo de formación, sólo muy progresivamente iba a adoptar la segunda postura a costa de un largo y personalmente deficitario camino de distanciamiento y crítica de la *ideología biologista* que en su época (y en la nuestra) tendía a llenar muchas de las lagunas del conocimiento científico en el campo sociocultural, en el campo de las Ciencias del Hombre. La teoría de las «zonas erógenas» y su poder determinante de «fases psico-sexuales» y cuadros psicopatológicos, al menos en su primera versión, creo que hoy puede considerarse un claro ejemplo de biologización de la psicología naciente. ¿Cómo no iba a afectar ese biologismo a un concepto (o noción) que ya de entrada se define como «puente» o «encrucijada» (FREUD²¹, 1905) entre lo psíquico y lo somático?. Tal vez así podríamos entender al menos un poco los tuteos, polisemias y oscilaciones de la psicología freudiana en el tema que nos ocupa.

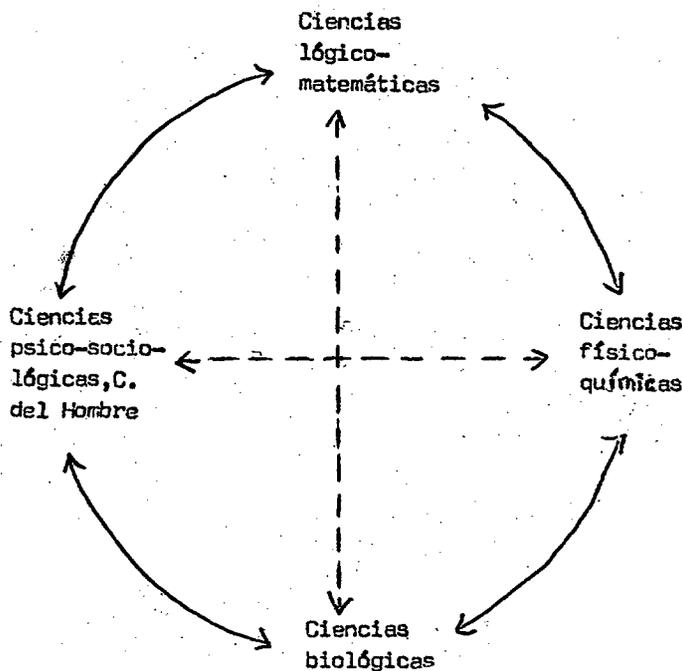
3.1.2. Pero cuando he citado a Freud en su idea de la «encrucijada somatopsíquica» creo que he hecho mención de otro problema de tipo epistemológico que subyace en el fondo de nuestra controversia: Se trata de la posición freudiana con respecto a las relaciones mente-cuerpo o psique-soma, problema que ha sufrido tantos replanteamientos históricos como movimientos culturales amplios hayan existido. Es éste un problema eminentemente filosófico que no deja de tener sus repercusiones epistemológicas (y en especial, en la psicología).

A mi entender, también en este campo Sigmund Freud se movió en un terreno comprometedor, convertido y resbaladizo. Y tuvo al menos la decisión de exponer abiertamente sus puntos de vista y la variación progresiva de los mismos: En resumen, creo que Sigmund Freud adoptó un postulado *monista* en el esquema psique-soma y un postulado *monista* en el que coincidían su agnosticismo y su formación biológico-médica (JONES³⁶, 1937; TIZON⁶³, 1978): se trata de un *monismo con predominio biológico*, como puede deducirse claramente, por ejemplo, a partir de la discusión de LAPLANCHE y PONTALIS⁴¹ (1968) acerca del *representante psíquico* (*Pyschischerepräsentanz*). Ahora bien: conforme avanzaba en sus descubrimientos, este postulado filosófico no podía por menos que ser puesto en duda desde una perspectiva que se ha abierto paso, no sólo en el psicoanálisis freudiano, sino en todo el psicoanálisis y la psicología posteriores: la perspectiva del *paralelismo psicofísico* (PIAGET⁵³,⁵⁴ 1970; TIZON⁶³, 1978), aunque se trate de un paralelismo matizado, como en el último Freud, por un reconocimiento de la *primacía genética y epistemológica de lo biológico dentro de las mutuas implicaciones psicofisiológicas*.

3.1.3. Con ello rozaríamos también otro problema epistemológico que creo guarda una importante relación

con el tema (aunque no puedo aquí extenderme sobre el mismo): el problema de la clasificación de las ciencias con la que consciente o inconscientemente funciona todo investigador. Indudablemente, una postura monista con dominancia biológica implica una cierta clasificación de las ciencias en la que la psicología no es en última instancia sino una rama de la biología, tendencia que puede hacerse extensiva a la sociología, como intentan poner de relieve la reciente *sociobiología...* o la *neuropsicología*.

Por el contrario, una postura basada en el paralelismo psicofísico tiene mucho más que ver con la clasificación circular de la ciencia propuesta por PIAGET⁵¹ (1969) en la que tanto genética como epistemológicamente lo biológico ocupa un lugar previo con respecto a lo psicológico aunque ambas disciplinas puedan influirse mutuamente, bien sea directamente o bien a través de la serie de disciplinas científicas y técnicas intermedias.



Como se comprende, este dilema freudiano (3.1.2. y 3.1.3.) dista mucho de haber sido resuelto y creo que en este terreno hay que reconocer a Sigmund Freud al menos dos cosas: una, su capacidad para plantear tan clara y documentadamente este «problema moderno»; otra, su valentía al lanzarse a teorizar (y practicar su tecnología, el psicoanálisis) con un pie puesto en cada campo e incluso oscilando frecuentemente del uno al otro, haciendo visible en psicología lo de «*bacer camino al andar*».

3.1.4. Un problema epistemológico adicional viene dado por la no clara delimitación entre lo que puede llamarse *conocimiento científico de lo individual* y lo que puede ser llamado, por contraposición, *conocimiento científico de lo general* (TIZON⁶³, 1978) y lo que significan las prácticas en cada campo. Las incomprensiones entre los científicos «aplicados» o «clínicos» y los científicos «puros», «abstractos» o «teóricos» han sido seculares. En el campo de la psicología y de las ciencias humanas en general, se con-

vierte en un serio problema, ya que difícilmente pueden montarse numerosos experimentos en dicho campo o experimentos en gran escala. Por ello, el teórico, el escritor, ha de saber cuándo los conceptos que utiliza son conceptos y cuándo son meras analogías o construcciones hipotéticas para explicarse la práctica o la teorización de la práctica. En la medida en que Freud estaba inaugurando un campo científico, era difícil que estuviese creando el campo y los conceptos y nociones para tratarlo al tiempo que delimitaba éstos cuidadosamente. Por eso no creo que pueda dudarse que Freud confundió a menudo los campos y formas de estudio «de lo general» y «de lo individual» y un ejemplo lo tenemos en el tema de las pulsiones, concepto (o noción) teórico donde los haya, el cual, si se fuerza en su aplicación técnica, puede dar lugar a serias deformaciones, inconcreciones e inconsecuencias.

Creo que hay que afirmar que Sigmund Freud nunca llegó a adoptar una postura «definitiva» con respecto a estos cuatro problemas, lo cual no tiene nada de particular si los tomamos desde el punto de vista filosófico-ontológico. Pero ha tenido graves consecuencias en cuanto a su planteamiento epistemológico. Por ejemplo: si bien a nivel ontológico todo científico que valore su trabajo y la actitud vital que éste implica ha de ser *monista* (es decir, afirmar que toda la realidad es material), a nivel epistemológico y teórico creo que son perfectamente válidas otras opciones para las que esa realidad material (por ejemplo, la conducta espaciotemporal, con sus fundamentos químico-físicos) es la base de una realidad informacional (el mundo de la información, la comunicación, los significados y la conducta como significante; TIZON⁶³, 1978) con lo que, lo admito, parece revivirse el postulado del paralelismo psicofísico (tal vez no a nivel ontológico pero sí, al menos parcialmente, a nivel epistemológico).

Por ello, creo que hay que partir de un esclarecimiento de las posturas epistemológicas si se pretende aclarar la problemática que nos ocupa. De ahí que proponga, como puntos de partida, las siguientes consideraciones acerca de la psicología (y la psico(pato)logía) como disciplinas científicas⁶³:

— La psicología como ciencia ha de ser *materialista* (toda la realidad tiene un substrato último material y por tanto, tendencialmente cognoscible).

— Ha de ser *monista* a nivel ontológico (nunca *dualista*) aceptando la existencia de realidades informacionales o, lo que es casi lo mismo, *paralelista psicofísica* a nivel epistemológico (o monista matizada).

— Ha de evitar el *biologismo*, pero sin caer en el *idealismo*: la realidad material última a la que se refiere y ha de referirse es la conducta entendida no sólo en sus componentes energéticos, biofísicos, sino también en sus componentes informacionales, semánticos (TIZON⁶³, 1978).

— Evitando el biologismo, la psicología habrá de mantener que, salvo en las situaciones límite planteadas por el *teorema de Gödel* (QUINTANILLA⁵⁵, 1976), su paradigma básico (de la psicología) es el paradigma comportamental, no reductible a lo biológico, ni a lo bioquímico ni a lo social. Por ello, cada uno de los conceptos y teorías psicológicas ha de intentar referirse a una posición dentro

del conjunto teórico y a una definición operativa y un apoyo empírico *dentro* de la propia psicología.

En definitiva, si nos oponemos al dualismo, biogismo, idealismo y mecanicismo en psicología creo que el tema que estoy tratando podría resumirse en última instancia en una serie de *conceptos clave* como base para la discusión.

4. Una propuesta

En primer lugar habría que afirmar que el organismo humano está sujeto a indudables *condicionantes biológicos* específicos (propios de la especie) y por tanto, determinados en buena medida por la transmisión genética actualizada mediante los *genes de desarrollo* y las *autorregulaciones* genotipo-fenotípicas. (DOBZHANSKY⁹, 1957; MONOD⁴⁷, 1970; JACOB³⁵, 1970). Ejemplos de esos condicionantes biológicos serán las *necesidades*, entendidas como concepto biológico específico (*Hambre y sed* como ejemplos más definidos), la *constitución*, entendida como la estructura psicofísica (relativamente) invariable formada por la interrelación entre lo aportado hereditariamente y los aprendizajes primigenios (en especial, los cuidados parentales y sociales de los primeros meses). Otro ejemplo en el mismo sentido lo constituirían precisamente las *pulsiones*.

No creo que esté clara y diáfana la relación entre *necesidad* y *pulsión* —o *impulso* o *instinto*—, aunque tengo la impresión de que la comunidad científica va confiriéndoles progresivamente una semántica diferenciada: de esta forma, *necesidad* haría referencia más bien a las aportaciones ambientales necesarias para la estricta fisiología individual mientras que conceptos tales como *instinto* o *pulsión* harían referencia a la vida relacional (incluso a *necesidades relacionales* específicas) del organismo, tanto a nivel humano como en otros escalones biológicos. En este sentido, como dice P. FOLCH¹⁶ (1979), la *necesidad* va orientada hacia una finalidad; la *pulsión*, hacia un objeto. Como antes recordamos, el desarrollo de la *pulsión* se organiza así sobre la satisfacción de la necesidad individualizada corporal.

En la medida en que el concepto de *instinto*, e incluso el de *comportamiento instintivo*, no son fácil ni claramente aplicables a la especie humana, al menos en su vida de relación, cobra particular relieve el término o concepto de *pulsión*, entendida como *motivación individual fundamental de las relaciones interindividuales para la que existen unos fundamentos y unos órganos de expresión semánticos, biológicos*.

Creo que existe un amplio acuerdo entre diversos autores y diversas disciplinas científicas (psicoanálisis, psicología, etología, neurofisiología, etc.) en considerar que las motivaciones fundamentales son las dos que ya definió Sigmund Freud a partir de «*Más allá del principio del placer*»³¹ (1920): una haría referencia a las conductas comunicativas y representaciones mentales que nos llevan a la unión, a la solidaridad, al apoyo (el Amor, la Sexualidad o la Psicosexualidad) y otra haría referencia a las conductas



comunicativas y representaciones mentales que nos llevan a la agresión, la destrucción, la ruptura de lazos, la violencia (el Odio o la agresividad): EIBL-EIBESFELDT¹², 1970; FREUD³¹, 1920; LORENZ⁴⁵, 1964; ERIKSON¹⁴, 1963.

A partir de estas motivaciones fundamentales que, moduladas por los primeros aprendizajes (las primeras relaciones de objeto), dan lugar a *constituciones* diferenciadas, aparecen otras *motivaciones secundarias* de muy variado tipo, cuya determinación e influenciación mediante procesos de aprendizaje (comunicacionales) es más evidente cuanto más nos alejamos de las motivaciones relacionales de máximo rango jerárquico: las *pulsiones*.

A partir de aquí creo que hemos de realizar una opción teórica, conceptual, en la que Sigmund FREUD dudó a lo largo de sus últimas obras. El problema, tal como ya lo plantean LAPLANCHE y PONTALIS⁴⁰ a propósito del vocablo *representante psíquico* consiste en adoptar una *convención* para la definición de la *pulsión* como *construcción hipotética* (BUNGE⁵, 1969): ¿Esas motivaciones fundamentales, las *pulsiones*, se representan directamente en nuestra realidad interna o no? ¿Existe alguna representación mental de la *pulsión* o todo lo que percibimos de ella son sus *representantes* psíquicos, el modo cómo su acción se ha inscrito en nuestra experiencia?. Es indudable que, en los momentos de excitación sexual o agresiva percibimos numerosos elementos somáticos de esa excitación. Ahora bien: ¿puede decirse que estas percepciones están genéticamente determinadas, que nuestra vivencia de la erección o la crispación o hipertonia muscular agresiva por ejemplo se hallan genéticamente determinadas?. No parece muy probable desde el punto de vista teórico. Tratamos aquí en última instancia con el problema de si se pueden heredar o no determinadas representaciones mentales, trátense éstas de *arquetipos* (JUNG³⁷, 1913) o «*protorrepresentaciones del pecho materno, del objeto externo*» (BION³, 1970) o «*preconcepciones mentales*» (BION³, 1970; GRINBERG³³,

1976). Mi opinión es que *no puede existir representación mental sin relación de objeto, sin aprendizaje e interiorización de la relación*. Es en las relaciones objetales (y sólo a través de ellas) como puede proporcionarse una estructura comunicacional intrapersonal mínima sobre la que se engarzan lo que llamamos «representaciones mentales». Las consecuencias de esta postura personal en el tema que nos ocupa son claras: ella implica, desde luego, que no hay percepción *directa* de la pulsión, percepción no mediada por la comunicación intra e interpersonal. De aquí creo que debe deducirse, como hizo Sigmund FREUD en numerosas obras:

1) El carácter limítrofe biológico-psicológico de la *construcción hipotética* (¿o concepto-noción?) de la *pulsión* (FREUD²¹, 1905).

y 2) , que la traducción psicológica de la pulsión es el «*representante psíquico*» (FREUD²², 1915), tratase éste de una sensación, un «sentimiento», una actitud o una fantasía.

Tal es mi opción teórica, por supuesto discutible, ya que se trata de adoptar una *convención*. Como es sabido, toda convención es discutible (y debe ser discutida) para evitar la dogmatización de cualquier disciplina científica. Y cuando digo que debe ser discutida no estoy haciendo un mero enunciado retórico: es importante por ejemplo señalar que, si adoptamos esta convención, pierde sentido, en la moderna *teoría de las relaciones objetales*, nociones tales como «protorrepresentaciones del pecho materno», «preconcepciones mentales» y sus equivalentes (a menos que hagamos referencia con ellas a los esquemas sensoriomotrices, genética y específicamente determinados, del reflejo de succión); pierden también sentido las descripciones y «explicaciones» de situaciones conductuales o representacionales y comunicacionales basadas en que «este niño —o adulto— tiene una importante pulsión de vida —o de muerte—» o «viene dotado de más —o menos— pulsión erótica», etc., descripciones que, a mi entender, no son sino «pseudoexplicaciones» teóricamente mal fundadas, tal como puede deducirse de la argumentación anterior.

De igual forma, la indudable dialéctica entre pulsión erótica y pulsión agresiva no es un *dato observable* directa ni casi indirectamente. Es una inducción teórica —casi un postulado— de índole representacional realizada a partir de datos observables y definiciones operativas: la contradictoria dialéctica entre las conductas (significantes) y las representaciones mentales eróticas (en un sentido amplio) y agresivas. Por ello, la «controversia de gigantes» entre *Eros* y *Thanatos* a la que Sigmund Freud llamó «su mitología» creo que fue muy acertadamente designada por él, por cuanto es una analogía especulativa (sumamente sugerente, desde luego) de imposible verificación observacional directa.

Ahora bien: si decimos que la pulsión sólo puede observarse y experimentarse (vivenciarse) a través de sus *representaciones*, ¿a qué tipo de representaciones aludimos?

Creo que en cuanto a un orden jerárquico, las representaciones mentales más directamente traductoras de las

pulsiones serían las *sensaciones* propioceptivas, organoceptivas y cenestésicas y las *fantasías inconscientes*. Acerca de las *fantasías inconscientes*, como concepto estrictamente psicodinámico, me parece claro que las mismas deben, a su vez, ser jerarquizadas entre fantasías inconscientes que podríamos llamar «primigenias» (las relacionadas con las experiencias más repetidas y conflictivas mantenidas en las diversas fases del desarrollo psicosexual (FREUD²³, 1905) o con lo que ERIKSON²⁴ (1963) llama «sentimientos básicos» en las primeras *fases*) y otras fantasías inconscientes de segundo, tercer o cuarto orden, cada vez más directamente ligadas a aprendizajes (experiencias relacionales) más individualizados y socializados. En este sentido, la *fantasía inconsciente*, el principal «precipitado de la pulsión» (FOLCH²⁵, 1979) habría de definirse aproximadamente como la *representación mental, estrechamente ligada a lo fisiológico, de las significaciones individuales de determinadas experiencias conflictivas primarias y reiteradas sobre las que se estructura en el futuro la realidad interna del individuo con amplia autonomía con respecto a la concordancia o no entre la realidad externa y dichas representaciones*. En definitiva: desde este punto de vista, la fantasía inconsciente representaría a la pulsión, al impulso, pero de forma más matizada por la experiencia con los objetos externos, más psicológica y alejada de lo biológico, que las representaciones mentales que llamamos «*percepciones de la excitación*» o «*sensaciones*».

Este concepto de fantasía inconsciente tendría varias ventajas: por un lado, una operacionalidad evidente; por otro, una situación definida dentro de la estructura de la teoría de las relaciones objetales; y, *last but not least*, una posibilidad de redefinición desde otras orientaciones científicas de la psicología. Desde este punto de vista la fantasía inconsciente sería la traducción representativa inconsciente, nuestro modo inconsciente de agrupar y jerarquizar (dotar de significación) los primeros y fundamentales refuerzos y condicionantes.

Tal concepto de fantasía inconsciente tiene, por otra parte, la ventaja de que coincide de forma sustancial con una noción freudiana: la de *representación-fin*, *zielvorstellung* (LAPLANCHE y PONTALIS²⁶, 1968). Su naturaleza es, forzosamente, ideativo-afectiva, coincidiendo pues en ella los aspectos *ideativos* (*representante-representativo*, *Vorstellungrepräsentanz* y *Vorstellungrepräsentant*) con los *conativos*, con el *cuantum de afecto* (*Affekbetrag*). Considerando el desarrollo psicológico del individuo como la *proconativos*, con el *cuantum de afecto* (*Affekbetrag*). Considerando el desarrollo psicológico del individuo como la progresiva inclusión dentro de sus estructuras mentales, mediante asimilaciones y aconodaciones (PIAGET²⁷, 1967) de conductas y significaciones, la fantasía inconsciente representaría lo que, con una imagen tomada de la tradición popular catalana, denominaríamos el «*pal de paller*» de tal desarrollo: es en estas *fantasías inconscientes primigenias* donde se va a apoyar la estructura de significaciones intrapersonales, comunicaciones (intra e interpersonales) y conductas externas que llamamos «estructura de personalidad» o, simplemente, *personalidad* (en último extremo, un conjunto de patrones conductuales y comunicacionales basados intrapsíquicamente en una determinada estructura de ansiedades y defensas).

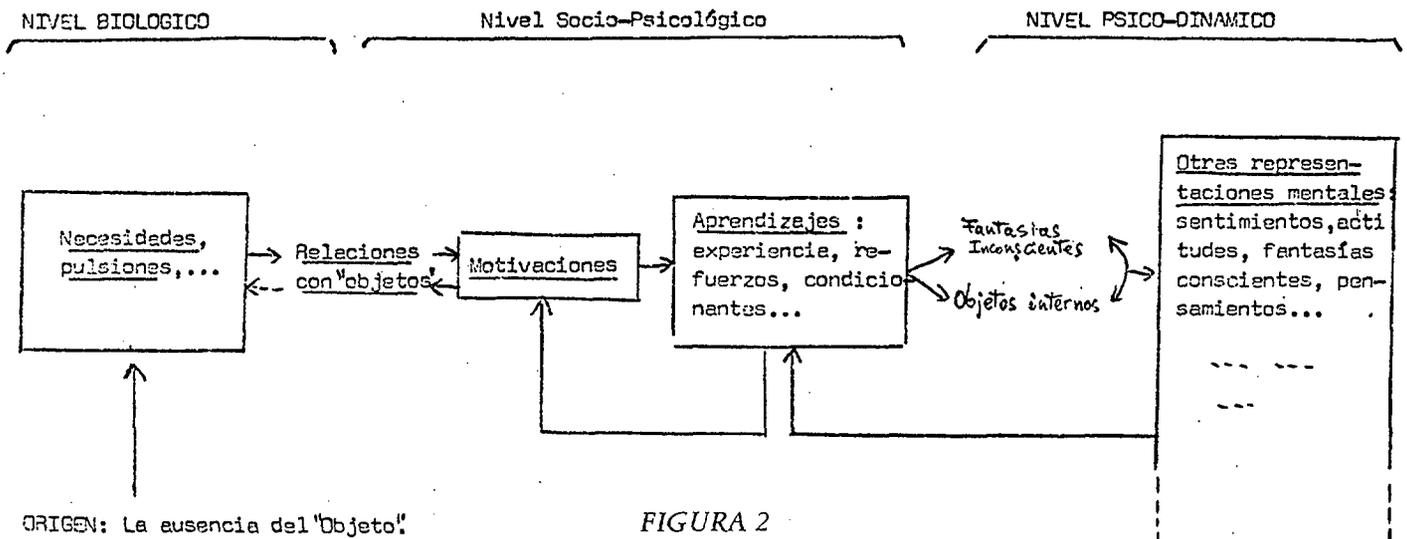
La fantasía inconsciente implica por ello experiencia de relación. La pulsión haría referencia a las bases biológicas de la *necesidad* de relación y a sus cualidades, mien-

tras que la fantasía inconsciente es un concepto estrictamente psicológico en el cual lo biológico es simplemente presupuesto.

No se me oculta que la posición de conceptos tales como *objeto interno* y *objeto externo* debe ser redefinida conforme a las coordenadas anteriores, aunque creo que en este campo la mayoría de los psicoanalistas se mueven precisamente en tal terreno. Así, un *objeto interno* sería la *representación mental, la inscripción en el conjunto de nuestras significaciones, del conjunto o extracto de las experiencias mantenidas con un objeto externo (o una clase de ellos)*. Si intentáramos agrupar todo lo anterior en un diagrama, podríamos tal vez hacerlo de la forma en que se muestra en la *figura 2*.

ceptos psicodinámicos clave: Pulsión agresiva, pulsión sexual, «pulsión de dominio», «pulsión destructiva», «pulsión de autoconservación», dialéctica pulsión de vida-pulsión de muerte, «pulsiones del yo»...

Una buena parte de esta labor creo que ya ha sido realizada (BLEGER¹, 1963; RAPAPORT⁵⁷, 1967; BION³, 1970; MELTZER⁴⁶, 1974; LAPLANCHE y PONTALIS⁴⁰, 1968), aunque se encuentre en buena medida dispersa y fragmentada por problemas de comunicación científica entre psicoanalistas, por problemas de comunicación interesuelas dentro del psicoanálisis y por el problema, ya apuntado en otras ocasiones (TIZON⁶³, 1978), de las demasiado escasas relaciones entre psicoanálisis y psicología del aprendizaje. Creo que aún queda



Claro que este esquema resulta ser, evidentemente, un mero punto de partida para una investigación teórica mucho más amplia, ya que me parece que tanto su estructura como los problemas teóricos y epistemológicos que nos han llevado a él exigirían una axiomatización y redefinición (dentro del sistema teórico) de una serie de con-

mucha labor por hacer en este campo, aunque tales interrelaciones hace tiempo que ya han comenzado.

Resumen

Tras analizar someramente la problemática teórica de términos como pulsión, impulso e instinto en la psicología y las ciencias del hombre contemporáneas, se realiza un intento de delimitación de tales conceptos y de una serie de conceptos limítrofes.

Tras ello, se resume una investigación bibliográfica sobre el uso que Sigmund Freud dió al conjunto terminológico hallado (y sus derivados). Ello permite descubrir una serie de problemas que, hasta nuestros días, vienen dificultando la comprensión de los conceptos de «pulsión» y «representación psicológica» y de sus interrelaciones. El autor postula que tales problemas son al menos de tres niveles: epistemológicos, teóricos y pragmáticos (de traducción) y analiza brevemente esos niveles.

Finalmente, se propone una convención para la utilización de los términos «pulsión», «representante psicológico», «fantasía inconsciente», y «objeto» dentro del sistema científico proporcionado por la moderna «teoría de las relaciones objetales».



REFERENCIAS BIBLIOGRAFICAS

- 1 BAYES, R.
Una introducción al método científico en psicología.
Fontanella. Barcelona, 1978 (2ª edición).
- 2 BENASSY, M.
Théorie des instincts
Presses Universitaires de France. Paris, 1952.
- 3 BION, W.R.
Second Thoughts
W. Heineman. Londres, 1970.
- 4 BLEGER, J. (1963)
Psicología de la Conducta (3ª edición)
Paidós. Buenos Aires, 1977.
- 6 BUNGE, M.
Teoría y realidad.
Ariel. Barcelona, 1974.
- 7 CAPARRÓS, A.
La psicología, ciencia multiparadigmática.
Anuario de Psicología (Barcelona); 19, (2): 79-111, 1978.
- 8 CASTILLA DEL PINO, C.
Introducción a la Psiquiatría.
I. Problemas generales de Psico(pato)logía.
Alianza Universidad. Madrid, 1978.
- 9 DOBZHANSKY, Th.
Las bases biológicas de la libertad humana.
Librería El Ateneo Editorial. Buenos Aires, 1957.
- 10 DORNA, A., MENDEZ, H.
Ideología y conductismo.
Fontanella. Barcelona, 1979.
- 11 DORSH, F.
Diccionario de Psicología.
Herder. Barcelona, 1978.
- 12 EIBL-EIBESFELDT, I. (1970)
Amor y Odio.
Siglo XXI, México, 1972.
- 13 EIBL-EIBESFELDT, I. (1973)
El hombre pre-programado.
Alianza Universidad. Madrid, 1977.
- 14 ERIKSON, E.H. (1963)
Infancia y sociedad.
Hormé. Buenos Aires, 1970.
- 15 FOLCH, P.
¿Qué es la sexualidad?
La Gaya Ciencia. Barcelona, 1978.
- 16 FOLCH, P.
Apuntes de Psicología Dinámica.
(Ejemplar fotocopiado de un manuscrito inédito).
Donación del autor, 1979.
- 17 FREUD, S.
Complete Psychological Works. Standard Edition.
Hogarth Press. Londres, 1954-1966.
International Universities Press, Nueva York, 1966.
- 18 FREUD, S.
Obras completas.
Biblioteca Nueva. Madrid, 1967-68.
- 19 FREUD, S. (1895)
Proyecto de una psicología para neurólogos. (En *Obras Completas III*).
Biblioteca Nueva. Madrid, 1968.
- 20 FREUD, S. (1900)
La interpretación de los ensueños («la interpretación de los sueños».)
(O.C.I.) Biblioteca Nueva. Madrid, 1967.
- 21 FREUD, S. (1905)
Tres ensayos sobre una teoría sexual. («Una teoría sexual».)
(O.C.I.) Biblioteca Nueva. Madrid, 1967.
- 22 FREUD, S. (1905)
La sexualidad infantil. En *Tres ensayos sobre una teoría sexual.*
(«Una teoría sexual»). (O.C.I.) Biblioteca Nueva. Madrid, 1967.
- 23 FREUD, S. (1909).
Análisis de la fobia de un niño de cinco años.
En *Historiales Clínicos* (O.C.I.).
Biblioteca Nueva, Madrid, 1968.
- 24 FREUD, S. (1911)
Observaciones psicoanalíticas sobre un caso de paranoia
(«Dementia Paranoides») autobiográficamente descrito.
En *Historiales Clínicos* (O.C.II)
Biblioteca Nueva. Madrid, 1968.
- 25 FREUD, S. (1915)
Lo inconsciente
En *Metapsicología* (O.C.I)
Biblioteca Nueva. Madrid, 1967.
- 26 FREUD, S. (1915).
La represión. En *Metapsicología.* (O.C.I.).
Biblioteca Nueva. Madrid, 1967.
- 27 FREUD, S. (1915)
Las pulsiones y sus vicisitudes («Los instintos y sus destinos».)
En *Metapsicología* (O.C.I).
Biblioteca Nueva. Madrid, 1967.
- 28 FREUD, S. (1916)
La ansiedad y la vida pulsionar («La angustia y la vida instintiva».)
En *Nuevas aportaciones al psicoanálisis.* (O.C.II).
Biblioteca Nueva. Madrid, 1968.
- 29 FREUD, S. (1917)
Duelo y melancolía («La aflicción y la melancolía».)
En *Metapsicología.* (O.C.I).
Biblioteca Nueva. Madrid, 1967.

- 30 FREUD, S. (1918)
Historia de una neurosis infantil. En *Historiales Clínicos* (O.C.II).
Biblioteca Nueva. Madrid, 1968.
- 31 FREUD, S. (1920)
Más allá del principio del placer. (Obras completas, I).
Biblioteca Nueva. Madrid, 1967.
- 32 FREUD, S. (1938)
Esquema del psicoanálisis. (O.C.III).
Biblioteca Nueva. Madrid, 1968.
- 33 GRINBERG, L. SOR, D., TABAK, E.
Introducción a las ideas de Bion.
Nueva Visión. Buenos Aires, 1976.
- 34 HULL, C.L. (1952)
A Behavior System.
Yale University Press. Nueva Haven, 1952.
- 35 JACOB, F. (1970)
La lógica de lo viviente.
Laia. Barcelona, 1973.
- 36 JONES, E., (1957)
Vida y Obra de Sigmund Freud (Tres tomos)
Hormé. Buenos Aires, 1976.
- 37 JUNG, C.G. (1913)
Teoría del psicoanálisis.
Plaza & Janés. Barcelona, 1961.
- 38 KUHN, Th-S. (1962)
La estructura de las revoluciones científicas.
F.C.E. México, 1971.
- 39 LALANDE, A. (1951)
Vocabulaire technique et critique de la philosophie.
P.U.F. Paris, 1951.
- 40 LAPLANCHE, J., PONTALIS, J-B.
Vocabulaire de la Psychanalyse (2ª ed.).
P.U.F. Paris, 1968.
- 41 LAPLANCHE, J. y PONTALIS, J-B. (1968)
Pulsión. En *Diccionario de Psicoanálisis*.
Labor. Barcelona, 1971.
- 42 LAPLANCHE, J.
Vida y muerte en psicoanálisis
Dédalo. Barcelona, 1979.
- 43 LECLAIRE, S.
El objeto del psicoanálisis.
Siglo XXI. Buenos Aires, 1972.
- 44 LOPEZ-BALLESTEROS, L. (1923).
Traducción de las *Obras Completas de Sigmund Freud*.
Biblioteca Nueva. Madrid, 1967 y 1968.
- 45 LORENZ, K. (1964)
Lucha ritualizada. En *Historia natural de la agresión*.
(Ed. por J.D. CARTHY y F.J. EBLING). Siglo XXI. México, 1966
- 46 MELTZER, D.
Los estados sexuales de la mente.
Kargieman. Buenos Aires, 1974.
- 47 MONOD, J. (1970)
El azar y la necesidad.
Barral. Barcelona, 1971.
- 48 MUSGRAVE, A.E. (1971)
Los segundos pensamientos de Kubn.
Cuadernos Teorema. Valencia, 1978.
- 49 NAGERA, H. (editor)
Desarrollo de la teoría de los instintos en la obra de Freud.
Hormé. Buenos Aires, 1975.
- 50 PIAGET, J. (1967)
Biología y conocimiento.
Siglo XXI. Madrid, 1969.
- 51 PIAGET, J.
Le système de la classification des sciences.
En *Logique et connaissance scientifique*.
(J. Piaget ed.) Gallimard. Dijon, 1969.
- 52 PIAGET, J.
Les courants de l'épistemologie scientifique contemporaine.
En *Logique et connaissance scientifique*.
(J. Piaget, director). Gallimard. Dijon, 1969.
- 53 PIAGET, J. (1970)
La situación de las Ciencias del Hombre dentro del sistema de las ciencias. En *Tendencias de la investigación en las ciencias sociales*, de: PIAGET, J., MACKENZIE, W.J.M. y LAZARSELD, P.E.,
Alianza Ed. Madrid, 1973.
- 54 PIAGET, J. (1970)
La psicología. En *Tendencias de la investigación en las Ciencias Sociales*. (Ed. por Piaget, J., Mackenzie, W.J.M. y Lazarsfeld, P.F.).
Alianza Ed. Madrid, 1973.
- 55 QUINTANILLA, M.A.
Diccionario de Filosofía contemporánea.
Sígueme. Salamanca, 1976.
- 56 RANCIERE, J. (1969)
Sobre la teoría de la ideología. En *Lectura de Althusser*.
Galerna. Buenos Aires, 1970.
- 57 RAPAPORT, D. (1967)
La estructura de la teoría psicoanalítica.
Ed. Paidós. Buenos Aires, 1967.
- 58 SENENT, J.
Biologismo. En *Diccionario de Filosofía Contemporánea*, pág. 50.
(Dir. M.A. Quintanilla). Sígueme. Salamanca, 1976.
- 59 SILLAMY, N. (1969)
Diccionario de la Psicología.
Plaza & Janés. Barcelona, 1969.
- 60 STRACHEY, J. (1966)
Editor's Note en *Instincts and their Vicissitudes*
(*Standard Edition of the Complete Psychological Works of Sigmund Freud* tomo 14).
International Universities Press. Nueva York, 1968.
- 61 STRACHEY, J. (1966)
«General Preface» y Notes on some technical terms whose translation calls for comment Sigmund Freud.
En *Complete Psychological Works*.
International Universities Press. Nueva York, 1968.
- 62 STRACHEY, J., STRACHEY, A. (1973)
Editor's Introductions and Notes of Complete Psychological Works of Sigmund Freud.
Instituto de Psicoanálisis de Barcelona (ejemplar fotocopiado).
Barcelona, 1978.
- 63 TIZON, J.L.
Introducción a la epistemología de la psicopatología y la psiquiatría.
Ariel. Barcelona, 1978.
- 64 TIZON, J.L. y el C.I.P.P. (compiladores).
El biologismo: implicaciones teóricas, repercusiones asistenciales.
Zero-ZYX. Madrid (en prensa).
- 65 TORT, M. (1972)
El concepto freudiano de representante.
En *El concepto de realidad en psicoanálisis*, de G. Barenblitt y otros.
Ed. Socioanálisis. Buenos Aires, 1974.
- 66 VELAZQUEZ, M.
New Revised Velázquez Spanish and English Dictionary.
Follet Publishing Co. Chicago, 1964.
- 67 WOLMAN, B.B. (1960)
Teorías y sistemas contemporáneos en Psicología.
Martínez Roca, Ed. Barcelona, 1978.